

## JOSÉ ZAPIRAIN Y LA PRENSA LOCAL

---

**A**YER falleció el honrado vasco, causándonos su muerte profundo sentimiento. En estos momentos bélicos la muerte del sencillo vate regional resulta un símbolo.

Zapirain era un enamorado de Vasconia. A ella dedicó su vida entera. Modesto funcionario del Ayuntamiento, ocupó cerca de medio siglo el cargo de conserje del Teatro Principal.

Era hombre ingenuo, de costumbres patriarcales. Miembro del Consistorio de Juegos Florales Euskaros, patrocinó siempre todas las viejas costumbres del país.

Entre los *bersolaris* era una autoridad. Su voz grave de inspirado bardo, daba la entrada a los cantores de las fiestas vascongadas.

Al marcharse el viejo amigo parece que a los buenos donostiarras se nos va algo nuestro.

Ha muerto en la dulce placidez del justo. Descanse en paz el patriota y reciba la familia, y en especial su hijo D. Ramón, a quien tanto apreciamos, el pésame más sentido que me permito ofrendarle en nombre de los que supimos apreciar las virtudes de su finado padre.

GIL BARÉ

(De *El Pueblo Vasco*.)

\*  
\* \*

Otro *errikošeme que muere*.—El veterano Chapillo ha pasado a mejor vida.

Con este remoquete se encubría el popular *koblakari* José Zapirain, maestro de los *bersolaris* vascongados, individuo del Consistorio de Juegos Florales Euskaros casi desde su fundación, y que actualmente des-

cansaba de su atareada existencia en el sedentario puesto de conserje del Teatro Principal; ese teatro en cuyo escenario tantas veces ha cantado y recitado versos.

Sus numerosas composiciones han adolecido del defecto que parece ya ingénito en la raza, de una excesiva modestia, causa de que hayan desaparecido muchísimas obras que sólo eran conocidas por un limitado círculo de personas de la confianza de sus autores y de que se ignoren asimismo los nombres de otros que con su talento han contribuido a acrecentar el tesoro de la literatura euskara.

En varios certámenes sus trabajos obtuvieron premio.

Popularísimo en toda la región, contaban con él para organizar y dirigir, en época de fiestas, los torneos de los «improvisadores» y con su habitual gracejo daba pie para que éstos entablaran el pugilato.

Los *bersolaris* abundan extraordinariamente en esta provincia y es muy común hallar en los pueblos dos o tres de ellos que ante un gran concurso y sin preparación alguna disertan horas enteras en verso vascongado y sostienen largas polémicas, demostrando en ellas un buen sentido y una lógica tal, que no puede menos de extrañarse en hombres completamente rudos que no han visitado más aulas que las nativas montañas, donde han aprendido a sentir y cantar.

¡Qué pensamientos más ingeniosos salen de sus labios! ¡Qué *do-naire* muestran! ¡Qué epigramas más agudos!

Y la mayor parte de estos «improvisadores» no sólo ignoran que existe un arte poético, sino que no han leído en su vida un solo verso; más que eso: muchos de ellos no conocen una letra del alfabeto.

Así como Vilinch era el poeta tierno, sencillo y enamorado, Zapirain cultivaba la sátira.

Existe en el corazón humano, junto con el sentimiento de compasión y de simpatía hacia los que sufren, la tendencia a burlarse de los defectos, los vicios y las debilidades de nuestros semejantes, poniéndolos de relieve para hacerlos resaltar más y más y pintándolos con los más vivos colores, para que de este modo exciten mejor la mofa y el ridículo.

En esta inclinación profundamente arraigada en el hombre tiene su origen la sátira, que por lo mismo que halla su fundamento en nuestra propia naturaleza, es común en su esencia a todos los países y a todos los tiempos.

El vasco demuestra cierta predilección a este género que con el

*amoroso, místico y religioso*, constituye casi exclusivamente el caudal de nuestra peculiar poesía.

Nuestro pueblo ha sido siempre muy aficionado a escuchar a sus trovadores.

No es posible poner en parangón la producción poética euskara, con las de Espronceda, Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce; sería pretender que el mísero aldeano que apenas ha encontrado elemento para su inteligencia, supiese y se expresase en sus composiciones con la gala de la fantasía de aquellos que, nacidos con genio, han podido además dar a éste todo su desarrollo, por medio de una educación esmerada y el estudio de buenos modelos propios y extraños.

Las producciones vascas son principalmente obras del vulgo y participan de un carácter esencialmente popular, y de ahí que no se les exige más que lo que buenamente puede pedirse a composiciones de esta índole en las que era tan ducho Zapirain.

La vieja lengua de Aitor se presta muchísimo para la poesía, pero esto no basta, es preciso suponer que existe un sentimiento más delicado y mejor dispuesto del que por lo común domina en las clases populares. José Zapirain hizo las delicias del finado proscrito Déroutède cuando le recitaba composiciones de las más afamadas. Aquel malogrado patricio llegó a comprender el significado de las palabras en vascuence, y como era un gran poeta adivinaba lo que no entendía.

Según costumbre establecida en los pueblos, los *bersolaris* entonan sus versos desde un tablado de la plaza pública. No hace aún mucho tiempo ví a dos *koblakaris* dirigidos por Zapirain conteniendo de un automóvil a otro.

—¿Qué es esto, *Chapillo*? — le pregunté extrañado. Y él me contestó:

—El progreso de los versos.

ALFREDO DE LAFFITTE

(De *El Pueblo Vasco*. Crónica «*La vida dosnostiarra*»)

\*  
\* \* \*

Otros periódicos locales han dedicado también sentidos párrafos a la memoria de nuestro malogrado amigo y compañero.